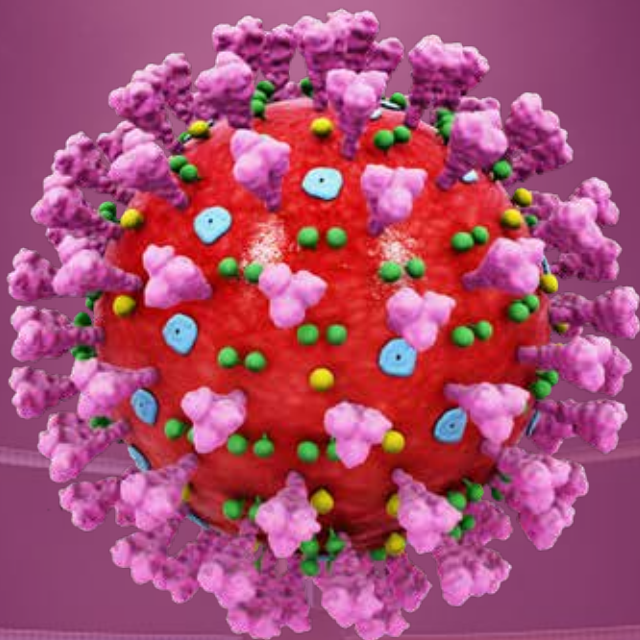


CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Angélica de Icaza • Andrés Heredia Torres
Ángel Iranhi Barreto Anaya • Rocío Eugenia López Liera

Michael Yahve Pineda Moreno • Jacqueline Cruz Águila
Guido Astolfi • Patricia Díaz Herrera
Diego Bautista Páez • Iván Ramírez López

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM

PUBLICACIONES

Quienes integran el jurado del «Concurso semanal de crónicas de un virus sin corona» (28 de marzo al 3 de abril de 2020), convocado por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Rowena Bali, Leticia Romero Chumacero y Jorge Souza, se reunieron virtualmente el 6 de marzo de 2020 para elegir las crónicas ganadoras. El jurado recibió 41 textos, de los cuales se ha decidido premiar los siguientes:

Primer lugar: «En tiempo de la reina Covid19», de Angélica de Icaza.

Segundo lugar: «Los tres puntos del encierro», de Andrés Heredia Torres.

Tercer lugar A: «Al ras del subsuelo. Crónica de una pandemia», de Ángel Iranhi Barreto Anaya.

Tercer lugar B: «Covid, Cloroquina y yo», de Rocío Eugenia López Liera.

Además, el jurado propone la publicación de los siguientes:

«Retando al sol», de Michael Yahve Pineda Moreno.

«¿Siempre ha sido así?», de Jacqueline Cruz Águila.

«Alabanza al dios Onán», de Guido Astolfi.

«De informales e incertidumbres», de Patricia Díaz Herrera.

«La emergencia del Covid-19: un nuevo rompecabezas», de Diego Bautista Páez.

«28 de marzo de 2020», de Iván Ramírez López.

Se otorga el primer lugar a Angélica de Icaza por presentar, en un texto breve, con una notable fuerza poética, una visión del silencio y la soledad que se desplazan en torno a los seres humanos durante la pandemia; pero también la posibilidad instrumental de la palabra para acompañar la vida y enriquecerla.

En términos generales, las autoras y autores seleccionados para ser distinguidos y publicados presentan un amplio abanico de miradas que tocan distintas fibras sensibles de la existencia humana en tiempo de contingencia.

Crónicas de un virus sin corona

Angélica de Icaza
Andrés Heredia Torres
Ángel Iranhi Barreto Anaya
Rocío Eugenia López Liera

Michael Yahve Pineda Moreno
Jacqueline Cruz Águila
Guido Astolfi
Patricia Díaz Herrera
Diego Bautista Páez
Iván Ramírez López

Ganadores de la semana
del 28 de marzo al 3 de abril de 2020

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Segunda semana

En tiempos de la reina Covid19

Angélica de Icaza

El silencio tiene sus virtudes y sus inconvenientes. Detiene el flujo natural del ruido. Inquieta a los que creemos que la tranquilidad no es movimiento. Atemoriza a quienes no desean escuchar sus voces más profundas. Agobia a los que tienen prisa por vivir lo que sigue. Increpa a los desmemoriados. Paraliza a los danzantes de calles atestadas y oscuros callejones. Amenaza a quienes tienen maltrecha la conciencia. Aburre a los hiperactivos. Amonesta a los agoreros del desastre.

El silencio en las calles nos habla de soledad, de pérdida del otro yo mismo sin reflejo. Las plazas se antojan como espacios abiertos que no podemos recorrer. Las avenidas, lejanas y apetecibles —transitables al fin—, parecen más

bien una broma de mal gusto. Como una isla nos contiene la casa, nos rodea el agua de la incertidumbre. A falta de palabras escuchamos música porque es el único lenguaje que nos da contento. Mudos y solos vemos pasar los días, días que antes no alcanzaban para hacer aquello que aparecía en la lista de pendientes... y los pendientes seguirán en su gaveta porque la voluntad no ayuda y la zozobra nos invita a pensar únicamente en el final de la zozobra, cuando el ruido aparezca de nuevo y podamos olvidarnos de nosotros y de los otros. Un agente infeccioso, con corona de reina para mostrar su potestad, apareció para decirnos: ¿No que eran muy chingones?

La soledad tiene también sus virtudes y sus inconvenientes. Está aquí, como la piel y las huellas digitales. No podemos aislarla con jabón o con gel, nos persigue como una sombra. La soledad, que tiene mala fama, se defiende: “Sólo conmigo, en el silencio, puedes hacer de la palabra un instrumento. Escucha pues la orquesta, porque en momentos de silencio y soledad la música es lo único que puede acompañarte”.

Marzo de 2020

ANGÉLICA DE ICAZA. Desde hace más de treinta años, ha tenido una relación muy cercana y gozosa con los libros, la lectura y la creación literaria. En 1975 publicó su primer libro de poesía titulado *Sensaciones*, al tiempo que colaboraba en la Dirección de Publicaciones del periódico *Novedades*. Desde entonces sintió la necesidad de transmitir el placer que le provoca la lectura, necesidad que pudo satisfacer dedicándose, en un principio, a la promoción editorial. Siempre en el área de difusión y relaciones editoriales ocupó cargos de subdirección en empresas e instituciones como Editorial Nueva Imagen, Grijalbo y Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, se dio cuenta de que no era suficiente con publicar y promover libros, además era necesario formar lectores. Esa fue su tarea de 1994 al 2000 en el programa Rincones de Lectura, de la Secretaría de Educación Pública.

Durante siete años fue directora de la Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura, de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. En 2003 y 2004 fue guionista y conductora del programa *Alas palabras*, que

se transmitió a través de RADIO UNAM. Asimismo, tuvo a su cargo las cápsulas de reseñas literarias en diversos programas radiofónicos.

De 2003 a 2007 coordinó el programa editorial de *Alas y Raíces a los Niños*, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en donde creó cuatro colecciones escritas e ilustradas por niños de todo el país. Fue editora en el Instituto Nacional de Bellas Artes. Actualmente coordina el Círculo de lectura temática *LEER LA VIDA*, y dirige *EL COLECTIVO IMAGINARIO*, organización sin fines de lucro, que se dedica a difundir la obra de nuevos autores. En 2019 obtuvo un reconocimiento en el VIII Certamen Internacional de Novela Corta «Giralda», por su novela *La habitación circular*.

Libros publicados: *Sensaciones* (edición de autor, 1975); *Por la piel*, Punto de partida, UNAM, 1986; *El cuerpo del deseo*, Universidad Autónoma Metropolitana y Universidad Veracruzana, 1986; *Mujeres poetas de México. Antología Poética (1940-1965)* Atemporia poesía, 2007; *Mujer de cierta edad, con abanico*, Editorial Bruma, Mendoza, Argentina,

2014; *La habitación circular*, Asociación Cultural Artístico Literaria ITIMAD; 2019

Inéditos: *Naufragio en Blues* (novela), *La niña de la vida galante* (novela), *Ay Irene, me vas a matar y otros relatos delirantes* (relato) y *Albanta* (poesía).

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Segunda semana.

Los tres puntos del encierro

Andrés Heredia Torres

31 de marzo del 2020: punto de quiebre. Hay varias cosas circulando en redes sociales, desde los comunicados de la Jefa de Gobierno hasta publicidad relacionada con mis más íntimos temas de conversación. Mi conclusión: ya no hay nada verdaderamente íntimo, incluso en el encierro; como ya es bien sabido, toda nuestra información, cada *like* y mensaje es cuantificado por el algoritmo de la *socialmedia* con el único fin de «brindarnos una mejor experiencia de navegación». Puras patrañas, lo único que le interesa al empresario titiritero es seguir moviendo los hilos de sus marionetas, seguirles vendiendo. Esa es la certeza que poseo.

Como escritor tengo la obligación laboral de estudiar el comportamiento de la sociedad y usar mis conocimientos

para plasmarlo en la palabra escrita. Pocas son las cosas que pueden florecer durante una cuarentena, las bellas artes son unas de ellas. Esa es la cuestión, hay un cierto sentido de culpa en usar la desgracia de la gente: la incertidumbre, el hambre, la codicia, la desesperación, la pobreza, con el único fin de entretener a ese selecto grupo de personas con la suficiente sensibilidad como para comprender tus escritos. Eso es el ocio académico.

¿Qué va de una cosa y de otra? Ciertamente las calles están «desiertas», pero el Facebook está lleno. Y pese al contexto *hollywoodense* en que se nos ha dado a conocer la siguiente oración: hay un nuevo orden mundial. Mucha histeria, mucha desacreditación e incredulidad; más, aun con todo, hechos totalmente tangibles y *ciberdirigidos* a un público concreto que resultamos ser todos: videos de la naturaleza retomando lo que es suyo (fauna silvestre); cantos hacia el cielo y ovaciones por parte de los peyorativamente denominados *whitexicans* hacia los basureros; tutoriales, recomendaciones, conciertos y transmisiones en vivo de nuestro artista o *influencer* favorito para nosotros... Sí, el

encierro resulta ser el tema de moda, la tendencia en cuanto a chistes o memes de las últimas semanas pasadas y venideras. Y yo me burlo.

No obstante, los números rojos ya suman más de mil docientos infectados confirmados y ahora las películas de zombies resultan ser una metáfora más concreta. La incredulidad deja de existir en mí. No sólo me quitaron la escuela ya hace varios días (¿o semanas?), ahora también mi trabajo, pero no por completo. El de los hilos me devuelve la burla: me informan que iré a trabajar nada más que cuatro días a la semana, seis horas al día (y me pagan 20 pesos por hora). Y ahora me río más fuerte, mas no burlándome, sino con ironía, pues la *socialmedia* me recomienda información verídica sobre el Covid-19 y algún préstamo bancario. ¿Siguiendo movida?

1 de abril: un punto medio. Día de descaso, de reflexión y retrospectiva: dentro del pasado y lo que viene, trae a mi memoria aquella vez, hace diez años, cuando yo era un *nini* adolescente, que estuve en el encierro, casi un arresto domiciliario dada la naturaleza del porqué. Pienso en los

dos años que estuve con mis abuelos, encerrado tal y como ahora lo está la gente: con mi familia, confinado a sentarme frente a un computador con internet o el televisor, sin nada más qué hacer que pasar el rato y esperar por la liberación. En ese tiempo no tenía ni madre ni padre que me acogiera y estudiaba la preparatoria abierta.

Reflexiono sobre el comportamiento de la gente, su debilidad. La mayoría no sabe lo que es estar verdaderamente encerrado, pasar los meses mirando a través de una ventana sucia o repetir la misma comida año tras año, entrenando mientras los abuelos discuten con los tíos, forjando el carácter, trabajando el cuerpo.

De esos recuerdos de antaño paso a otros más recientes, hasta hace dos o tres años, cuando viví con mi padre y su esposa; a cuando mi relación familiar se basaba en el maltrato psicológico de la mujer de mi padre hacia mí; a cuando todos los días eran día de comida salada adrede, charangas a todo lo que da la bocina y programas de chismes en igual volumen, y yo me lo callaba. Todo mientras mi única responsabilidad era hacer la tarea y lavar los trastos.

Entonces confirmo la debilidad de las personas, de aquellas figuras públicas y cotidianas que se la pasan posteando lo aburridos, lo ansiosos o lo tristes que están. Y me comienzo a creer mi antigua fantasía: que soy un preso, que siempre lo fui, desde que tengo memoria hasta el día presente. Si no fue a mis seis años, por mi alcohólico padre reteniendo a toda la familia en casa debido a sus celos, fue a mis dieciséis, por las razones antes expuestas, ya que hice que me expulsaran de la prepa y no era bien recibido en casa de mi madre y su novio.

Así paso el día, la tarde y la noche, vanagloriándome de mi resiliencia ente el encierro. Me jacto de ser autosuficiente desde enero, cuando decidí vivir solo. Vivo un día a la vez, contando con la herramienta más poderosa del mundo: el internet. Desperdicio mi tiempo mirando mi eterna soledad en el espejo. Ignoro el futuro.

2 de abril: el punto de esto. El trabajo resulta una completa incertidumbre, no hay clientes físicos pero sí virtuales; el restaurante usa esa virtualidad como virtud en el arte de hacer dinero. Mi subgerente está atenta a la pantalla de la

tablet mientras que yo me ocupo de limpiar todo. Somos nada más que tres empleados generales para todo el establecimiento, algo insostenible en cualquier otro día normal de la semana, pero aquí estamos, atendiendo un promedio de cinco personas o repartidores, por hora.

Entre ratos libres nos miramos la cara sin decir nada, revisamos el celular con la esperanza de encontrar una mejor conversación; observamos la soledad del área de comida y la afluencia de personas rumbo al Walmart. Mucho se habla de los médicos y sus heroicas hazañas, incluso de los basureiros y su valentía o desinterés ante el contagio y, sin embargo, nadie habla de los incansables cajeros en los supermercados. Para ellos no hay más remuneración que la histeria colectiva y gel desinfectante.

«¿Qué sigue?», me pregunto. No hay certeza de nada: cuánto durará la cuarentena, quiénes vivirán, si haré mis tareas acumuladas en mi *email* o si me alcanzará el dinero para fin de mes. «Qué más da». El Coronavirus me ha dado lo que siempre he deseado: distanciamiento social. Mi forma de ser ahora ya no es mal vista, sino por completo cívica:

un metro y medio de distancia frente cualquier otro individuo; entrega de productos sobre la barra y no en las manos del cliente; socialización sólo virtualmente y encerrarme para hacer arte o ejercicio. La pandemia me parece risible...

La cuarentena resulta ser algo tan extraño, tan inusual y por completo desconocido para las generaciones presentes que, por sus efectos benignos y adversos, resulta muy difícil categorizarla como maldición, bendición, karma o castigo divino. Tan en medio de la línea, la frontera de lo bueno y lo malo como las categorías que acabo de enunciar. Y precisamente ese es el punto de quiebre, que la sociedad no sabe qué papel está jugando; que no saben cómo seguir, pues están en medio de nada; que no saben qué vendrá, quedándose así, en puntos suspensivos.

ANDRÉS HEREDIA TORRES (Edo. de México, 1992). Estudiante de la Licenciatura en Creación Literaria, UACM, quien ha cursado los talleres de «Ciencia ficción, fantasía y terror» y, «Creatividad Computacional: la Poesía y Narrativa generada por Inteligencia Artificial», así como también ha sido acreedor de una Mención Especial en el «4° Concurso Estudiantil Universitario de Cuento Cuauhtepc 2017» y ganador del Tercer Lugar en el «5° Concurso Estudiantil Universitario de Poesía Cuauhtepc 2018».

Tercer lugar A en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Segunda semana.

A ras del subsuelo. Crónica de una pandemia

Angel Iranhi Barreto Anaya

Desafíé la indicación; primero social y después gubernamental de cautiverio, ya pueden empezar a juzgarme: confieso que viajé en metro. Me despegué del cuerpo las sábanas mojadas, limpié las legañas de mis ojos, me liberé de la computadora. Salí, por curiosidad, amor al riesgo y necesidad. Viajar en metro se ha convertido en una arriesgada aventura, no tan peligrosa si la comparo con la contada por *Lydiette Carrión* en las Fosas de agua. Sin embargo, en este contexto apocalíptico, construido virtualmente, el riesgo de contagio es mucho más peligroso que recoger testimonios de las madres de cuerpos que ya se han olvidado, como lo hizo Carrión.

En un día normal, aproximadamente cinco millones de personas circulan a diario en estos trenes naranjas con andar eterno. Hace días que la normalidad robusta e indefinible que marca el paso de lo cotidiano, no se ha hecho presente. La mayor parte de la sangre que circula por esta enorme red-arteria ha decidido por su bien resguardarse. A pesar de ello, hay personas que permanecen, que persisten, que aparentemente no han escuchado el sonido de la alarma nacional o son invisibles. Por ejemplo, al llegar a la estación del metro me encontré con la mujer de siempre: sus trenzas livianas, su piel morena, hablando una lengua antigua, con la cara frágil, con las manos estiradas y sucias, siempre y desde antes cuidando la sana distancia: 1.5 metros y sentada en el piso.

Inicia mi viaje con destino a ninguna parte, en mis audífonos sonarán algunas de las 11 canciones de la lista de reproducción del disco *Cábalas y cicatrices*, de Javier Krahe, que por el título parece una advertencia, un viejo augurio de la revelación de un saber oculto con desconocidas consecuencias. Frente a mí un hombre anciano, encorvado,

de pelo cano, con un cubrebocas que antes fue blanco, que oculta su cara excepto su mirada orientada fijamente en un punto perdido, inexistente, solo visible como ecos del pasado, en donde fue y será por siempre. Una mujer parecida a él lo acompaña, permanece de pie, a su lado, recargada en la puerta que en la siguiente estación no se abrirá, lo mira despacio y de vez en cuando, mientras se raspa la uña del dedo índice izquierdo con la uña del dedo índice derecho, parece en trance, imagino a una mujer que reza con rosario. En mis audífonos ahora suena «Zozobras completas». Sin darme cuenta, hemos pasado siete estaciones, catorce kilómetros, veintiún días, la mirada perdida del viejo y el trance perpetuo de la mujer que cuida, permanecen. Cruzamos miradas, se interrumpe el rezo y la visita al pasado, sonreímos, ahora saben que lo entendí todo, bajan en la siguiente estación: zona de hospitales.

El metro huele, a diferencia de otros días, a aromatizante barato y trapo sucio, la gente sube y luego baja: con rostros de ilusiones perdidas y a pasos con prisa. Un cantante improvisado de los que saben cantar porque tiene mala voz,

esta vez esta se encuentra en silencio y viene acompañado de su guitarra y dos policías encabronados. El metro se detiene, se apaga la luz y el ventilador. En mis audífonos suena cómo intentando advertir mi destino «Camino de nada».

Habían pasado catorce estaciones, veintiún kilómetros y veintiocho días, entonces, recordé que el 11 de marzo del 2020, a las 23:37 horas, ni un segundo más ni un segundo menos, un tren después de un corte de energía eléctrica, como por obra del destino, de los pobres que acribilla a los que salen de trabajar tarde, tomó control de sí mismo y decidió avanzar a alta velocidad, pero en dirección contraria, se encontró con otro tren, el choque fue brutal y contundente, no sabemos cuántas vidas se perdieron, cuantas víctimas fueron condenadas, no sabemos cuántos crímenes fueron perdonados. En el momento en el que este recuerdo atravesó mi memoria, en mis audífonos había silencio, entonces escuché unas voces «nomas nos falta que choquemos» a lo que alguien respondió, «Ay no, cállate, ya bastante tenemos con el virus ese», como tratando de evitar lo inevitable: 1,510 casos confirmados y 50 defunciones.

La Ciudad de México es uno de esos lugares impresionantes, lleno de gente, de caos, de esperanza y solidaridad, de diferencias irreconciliables, de desigualdad evidente y que genera como cuenta Juan Villoro vértigo horizontal. Los de abajo se desplazan en el metro subterráneo, algunos se reúnen en tiempos de crisis para celebrar el obligatorio descanso sin pago, se relajan antes de que vengan los tiempos peores, los tiempos de hambre, los tiempos en que las deudas y los desafíos establezcan la interrogante: ¿cuál es el objetivo de estar vivos?

La primera plana de un periodico que cuelga de las manos de un transeunte dice: «Mas de un millón de contagiados...». El metro por fin ha decidido regresarme al punto de inicio, al lugar en el que vivo. Regreso con los ojos cerrados, escuchando ahora «Asco de siglo» que dura lo que dura el trayecto restante para alcanzar las veintiún estaciones, los veintiocho kilómetros, los treinta y cinco días, regreso al barrio en el que no nací, pero del que ahora soy parte.

Con los ojos cerrados, hago un esfuerzo por recordar y reinventar aquella noche que terminé en urgencias por un

dolor estomacal, el médico tratante llegó tarde. Indicó, aislamiento, soledad en dosis moderadas, soñar por veinticuatro horas cada día y reflexión total. Recuerdo que tomé la receta que el médico dejó en la mesa de exploración, me levanté con prisa, al salir del consultorio, una pila de cuerpos famélicos y algunos agonizantes me recibieron tirados en el suelo, apenas una sábana blanca los separaba del piso frío; y otra sábana doblada en dieciséis partes funcionaba, solo para algunos privilegiados, como almohada. Una enfermera con soluciones y medicamentos en las manos pasó atravesando mi cuerpo, como si yo no existiera, pregunté sin esperar respuesta «¿Es por el virus?» a lo que ella respondió, sin voltear ni doblar el paso: «no, es de por sí así cada día». Brinqué cuerpos y charcos, entre balbuceos, delirios y olor a cuerpo viejo, alcancé la puerta con letrero verde y letras blancas que decía: «Salida», abajo una hoja blanca pegada con cinta adhesiva advertía «Mantener esta puerta cerrada» y en el mismo letrero con letras más pequeñas tenía escrito «y no regreses hasta el final de tus días». Curiosamente la salida era la entrada a una sala de espera de aquellos hom-

bres y mujeres que no esperan nada, los mismos cuerpos famélicos de adentro, pero con otros rostros que esperan, solo esperan sin decir nada.

Vivimos en una época convulsa, telúrica, en constante e imparable movimiento. Los acontecimientos de los últimos días ponen en evidencia la incapacidad humana de entenderlo todo, de predecir el futuro, de explicar la realidad misma. El lenguaje a través del cual aprendimos a describir el mundo, a expresar emociones, a construir conocimiento, parece que por el momento ha dejado de funcionar.

Al llegar al edificio en el que vivo, Krahe en mis audífonos canta «Vecindario», fui consciente de que habían pasado más de cuarenta días, solo quedan los sobrevivientes, olvidé la razón por la que desafié las indicaciones de aislamiento, pero tengo la sensación de que algo tuvieron que ver mis vecinos que habitan los pisos de arriba. Hay quienes dicen que viven de lo que piensan, no los culpo, pero no les entiendo. Al principio los escuche pronosticar la extinción de la especie humana. Recuerdo que una noche me despertó el ruido de pasos desesperados, lloraban bajito, se decían

incomprendidos, no escuchados. Algunas tardes se les veía en sus balcones entusiasmados, compartían recetas extranjeras, cocinaron platillos sofisticados y recomendaciones especializadas, con ingredientes que mi vecina de abajo les traía del supermercado. Otros días los escuché discutir, hablaban de médicos, ministros y presidentes, cuando eso sucedía, hojas de papel amarillas emborronadas caían desde sus ventanas, caían lento, algunas terminaron en el cesto de la basura y otras se las llevó el viento. Hubo pánico y sobresalto. Desde que llegué por suerte hay silencio, al parecer se encuentran haciendo lo de siempre: escribir desde su sillón lo que saben y que no entienden.

El metro sigue funcionando, recorriendo estaciones, sumando kilómetros y días; la vida de algunas y algunos después de todo seguirá avanzando. Hay quien pronostica el fin del mundo, otros la siguiente transformación. Krahe aún muerto seguirá tocando. Las sábanas se pegarán nuevamente a mi cuerpo, las legañas opacaran mi vista, y la computadora me sujetará más fuerte que antes. Hace siglos que un virus anda suelto. Mis vecinos de arriba ofrecen amor

y tiempo en sobres con signos de pesos. Los invisibles seguirán siendo invisibles, andarán, como siempre, viajando a ras del subsuelo.

ÁNGEL IRANHI BARRETO ANAYA es estudiante de la Maestría en Población y Desarrollo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-México), con una Especialización en Desarrollo Social y Licenciado en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Su experiencia profesional se ha desarrollado en diferentes instituciones de la administración pública, entre estas en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), en donde ocupó diferentes puestos. Actualmente es profesor de Historia Económica en la Facultad de Estudios Superiores Aragón de la UNAM.

Tercer lugar B en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Segunda semana.

Covid, cloroquina y yo

Rocío Eugenia López Liera

La pandemia provocada por el coronavirus no había tenido impacto en mí.

Escuchaba sin mucha atención los comentarios de amigos y vecinos pero no veía la razón para estar preocupados por algo que sucedía en un lugar muy alejado de México, en la ciudad de Wuhan en China. Los reportes indicaban que en diciembre de 2019 se había identificado al coronavirus como el causante de una rara especie de neumonía y que estaba provocando la muerte de numerosas personas en esa ciudad.

Ese mismo mes de diciembre de 2019, las noticias en México nos reportaban que la jornada del día primero había sido la más violenta del país, con un total de 127 homicidios. Un mes antes habían sido atacados y asesinados varios

miembros de la familia Le Barón y la noticia todavía causaba asombro e indignación; en noticias locales una persona en estado de ebriedad había chocado contra un taxi y matado a 5 personas. Estos pocos datos (para muestra basta un botón) rebasaban con mucho el número de fallecidos por COVID en China en la misma fecha, entonces, ¿por qué preocuparse?

Ante la persistencia de los medios impresos y televisivos sobre la pandemia me sentía confundida. ¿Qué interés había en magnificar un suceso? Empecé a conjeturar sobre las posibles causas y todas ellas, estaban divididas por un hilo muy delgado entre la ficción y la realidad:

¿Guerra entre farmacéuticas? ¿Desvío de la atención por el juicio de Trump? ¿Amarillismo? ¿Guerra de desprestigio por el conflicto comercial entre China y EUA? ¿Contagio por la interacción de animales salvajes y humanos? ¿Castigo divino? Así, entre sensacionalismo e ignorancia fueron pasando los días.

Aunque seguía dudando de la autenticidad de los datos y de los criterios calificadores, no podía dejar de pensar en

que el poder y la ambición juntos han llevado a la humanidad a situaciones extremas. ¿Podría ser cierto el rumor de que soldados estadounidenses, participantes en los juegos militares, en octubre de 2018, celebrados en Wuhan, habrían llevado el virus? ¿Accidental o intencionadamente? ¿Era parte de una estrategia de lucha entre potencias económicas para desequilibrar las controvertidas relaciones comerciales EUA-China? ¿La guerra bacteriológica era ya una realidad?

Cuando Italia, Francia y España dieron señales de preocupación ante el avance de la pandemia, empecé a poner atención. ¿Era posible que estos países estuvieran cayendo en el juego? ¿Quién o qué era lo que manipulaba y provocaba esa reacción? Empezó el cierre de escuelas, y la semiparalización de la vida en diferentes lugares del mundo.

En México todo seguía igual y las críticas al gobierno, internas y externas no se hicieron esperar. La respuesta por parte de las autoridades seguía siendo tibia e indecisa; sin embargo, cediendo a la presión, empezaron a darse pasos para contener lo que ya parecía un riesgo real.

Se anuncia que a partir del 23 de marzo se adelantan las vacaciones de semana santa para evitar el contagio masivo en las escuelas. Algunos estados como Jalisco y Guanajuato deciden no esperar y comunican a los maestros, alumnos y padres de familia que no regresen a clase después del puente del 16 de marzo. Casi inmediatamente otros estados se suman y son pocos los que acatan la disposición oficial de esperar hasta el 23 de marzo.

Los rumores sobre una crisis de alimentos y otros insumos empiezan a hacer mella en la población y aumentan las compras desproporcionadas. El viernes 20 decido ir a buscar mi medicamento Aralen (cloroquina) para evitar salir a partir del día 23 en que se sugiere a la población resguardarse en casa.

Lo busco en infinidad de farmacias y está agotado. No logro encontrarlo por su nombre comercial y solamente en farmacias de similares consigo dos cajas. Me doy cuenta entonces que ha surgido otro problema que puede tornarse grave. El Dr. Didier Raoult, científico e investigador, publicó un estudio sobre la cloroquina (medicamento de uso

cotidiano de miles de pacientes con afecciones reumáticas de diferentes tipos y enfermos de malaria) y de forma experimental pretende utilizarlo para atender el COVID. Apenas hecho este anuncio, las compras de pánico y el acaparamiento intencional no se hicieron esperar. Se agudizó el desabasto. Quienes lo necesitamos tomar cotidianamente por padecer una enfermedad reumática, crónica y degenerativa corremos un grave riesgo. Quienes lo compraron y no lo necesitan nos están privando de un recurso vital. Este es un aspecto en el que nadie ha reparado y que necesita una respuesta urgente y eficaz.

Escuché con interés una conferencia del Dr. Alfredo Mioli y esto me ayudó a tener una perspectiva diferente de lo que es esta pandemia. Las estadísticas que maneja el doctor en cuanto al número de fallecimientos en los casos de epidemia como el cólera o la peste que mató a millones de personas, no tiene comparación con los decesos por COVID (sin que esto quiera decir que no son lamentables) y la pregunta sigue rondando mi mente. ¿Por qué ahora que hay más recursos para hacerle frente a cualquier enferme-

dad, se está manejando como lo están haciendo? ¿Es necesario? ¿Es locura colectiva? ¿Cuándo lo sabremos? ¿En manos de quién está la solución real? ¿Qué factores políticos, económicos o de intereses de unos cuantos son los que determinan la actuación? ¿Si la cloroquina es la solución por qué hay desabasto?

Hoy escuché en las noticias de mediodía las palabras de Ricardo Salinas Pliego en donde enfáticamente menciona que el virus no es mortal y que las medidas tomadas por el gobierno que limitan las actividades comerciales pueden conducir al caos. Inglaterra prendió la mecha con un pronunciamiento similar, al igual que Nueva Zelanda. ¿Tienen buenas o malas intenciones? ¿Sus planteamientos se sustentan en un interés de bienestar colectivo real?

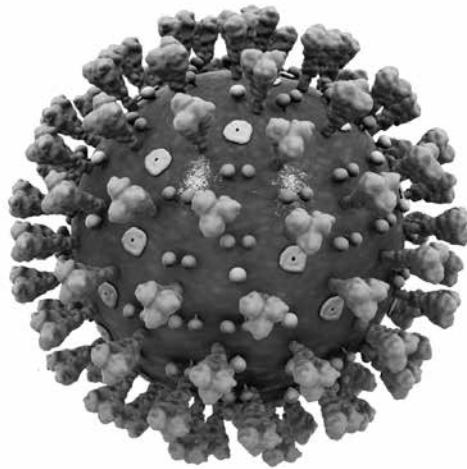
Una semana sin ingresos, de las miles de personas alrededor del mundo que viven al día, es suficiente para crear desánimo; si se prolonga, puede favorecer la violencia por desesperación. Los hechos delictivos, saqueos a comercios, el día de ayer en CDMX, son más producto del oportunis-

mo que de la necesidad, sin embargo, son un presagio de lo que puede suceder.

Dar marcha atrás y reconsiderar el libre flujo de todas las actividades comerciales, turísticas y de servicios, de grandes y pequeños negocios, ¿puede realmente tener un costo grave en la salud? ¿Seguir el ejemplo de China y Singapur es lo correcto? No lo sabemos. Unos hilos invisibles y poco confiables nos manejan. Tendremos que esperar.

Morelia Mich. 25 de marzo de 2020.

ROCÍO EUGENIA LÓPEZ LIERA. Es profesora de educación preescolar jubilada. Tiene 57 años. Trabajó en la elaboración de textos para preescolar. Vive en Morelia, Mich. Ha participado en diferentes talleres de escritura (ensayo, cuento, crónica) Tiene una página en línea titulada «Ensayando cuentos, cuenteando ensayos». Un libro de cuentos infantiles publicado por Edelvives que se titula *Cuentos pequeños*. El gobierno del estado de Jalisco publicó un libro de su autoría para padres de familia que se llama *Debes saber* y se regaló en escuelas del area metropolitana de Guadalajara. No es una profesional pero disfruta mucho compartir sus pensamientos y vivencias.



Crónicas recomendadas
para su publicación
por el jurado de la
segunda semana
del Concurso

Crónicas de un
virus sin corona

Retando al sol

Michael Yahve Pineda Moreno

La peste no era para ellos más que un visitante desagradable, que tenía que irse algún día puesto que un día había llegado.
La peste. Albert Camus

El cielo, otra vez color azul cielo, pero el escenario un tanto gris, sucio y con pocos peatones por las calles. Un oficial lleva un cubrebocas mientras vigila el semáforo de Niza y Paseo de la Reforma. Las luces en verde y los dos despistados, quizás necios cruzamos la avenida. La acera nos descubre tímidos, pero cada uno con la lista de canciones que pretende hacernos olvidar el vacío de nuestra ciudad, por la advertencia mundial. «¿Me compra un mazapán?» alcanzó a escuchar mientras sigo caminando bajo el inclemente sol. Por qué no vender raspados, pienso. Igualmente no lo compraría.

La vestimenta del niño y su papá están rasgados, per-
cudidos, del negro, gris de la ciudad ausente. Sigo ca-
minando mientras niego con la cabeza. Avanzo a la calle
que descubre el centro comercial, giro a la derecha como
siempre, más pasos y un puesto con miguelitos, paletas y
aguas de cola está congelado en el tiempo del sol y el azul
del cielo. Intercambiamos miradas, notó otro cubrebocas.
Sigo avanzando, deslizo mis manos por la reja que marca
el límite entre la ciudad de México y la cultura francesa. La
Casa de Francia está cerrada, al igual que muchos negocios
y espacios culturales de las ciudades, del mundo. Nos han
dicho «No salgan. Quédense en casa», sin embargo, mis in-
quietudes por coexistir me llevaron a romper la advertencia.
Ahora estoy retando al sol, ese que en cosa de un instante
derrite todos los hielos, pero está contingencia y pandemia
está retándolo desde el pasado diciembre. Proclamemos por
el sol para que nos ayude a cerrar este capítulo de la historia.
Decía Paul Ricoeur que la historia, en especial la memoria
y el testimonio «constituye la estructura fundamental de
transición entre la memoria y la historia». Revivo al francés,

porque en esta casa leímos algunos párrafos de su obra, conocimos a otros lectores y brindamos por el legado que hoy en medio del encierro volvemos a releer para que la memoria nos ayude a construir nuestro presente.

Sigo avanzando por las calles de la colonia Juárez, se encuentran vacías. El transporte público pasa constantemente, alcanzó a percibir pocos pasajeros. Algunos con cubrebocas, otros no los distingo, pues el inexistente tráfico no es obstáculo para llegar de un lugar a otro en cuestión de minutos. Camino, cruzo por en medio de Insurgentes, no llegó al paso peatonal, no es necesario. Algunos árboles me ofrecen su sombra, pero el sol ya castiga mi cuerpo y comienzan a brotar las primeras gotas de sudor. Observó el reloj, no es importante, pero alguien me llama «Me da una moneda», me dice una pequeña con su cabellera despeinada, a escasos pasos su mamá sentada moviendo de adentro hacia fuera el estambre: sobre el suelo su mercancía es iluminada por el sol. Cómo diría Watanabe *Oh, cuidar lo fugaz bajo el sol*, pero esto no es fugaz, es su modo de vivir que ahora se ve amenazado por la pandemia. Revisó en mis bolsillos, sacó

una moneda no muy grande y con un ligero gesto la entregó. El sol ilumina el metal. La niña no sonrío, sólo avanza hacia otro peatón, notó que sus manos juegan con un cubrebocas percutido.

Sigo caminando por todo Reforma. Suceden algunos intercambios de miradas con los peatones. No me fijo en las indicaciones de los semáforos, sólo quiero seguir avanzando. Encontrar quizás muestras de conglomeraciones, pero sé que eso no sería un buen augurio. Nos dicen que debemos estar alejados unos de otros, cuando en nuestra ciudad eso pareciera imposible. Siempre estamos juntos-pegados-unidos, sea en el transporte, en las aulas de las escuelas, bares, restaurantes, con nuestra persona amada o bien, cuando la naturaleza sembró los edificios y salimos a la ayuda. Ahora la manera de ayudar es evitar la propagación, estar encerrados, alejados, inmiscuidos en la redes sociales para estar informados, pero ahora con tantas notas, resulta un hartazgo revisar «las últimas», sin embargo es parte de nuestra responsabilidad.

Estoy por llegar al uno de mis lugares predilectos para perderme en la pantalla del celular, abrir la aplicación de los monstruos de bolsillo y atrapar a más de uno. En el dispositivo veo que la temperatura del día es inclemente, pero los pocos asistentes que acudieron a la Alameda se divierten como si fuera otro fin de semana cualquiera. Los niños sonríen, gritan y dan muestra de sus habilidades para la natación en la Fuente de Neptuno, en la Fuente de las Ninfas que simular ser el balneario perfecto.

Algunos salpican a quiénes va pasando, mientras van perdidos en la pantalla del celular; buscando quizás un pokémon, contestando un mensaje o viendo el «En vivo» de alguno de su lista de seguidores. Alcanzo a percibir que uno intenta acomodarse el cubrebocas, pero al parecer ya lo hartó, ahora lo retira de su rostro y exhala como un gesto de desesperación pero que parece de alivio. Voltea a ver las piscinas emergentes con los infantes, sonrío y se da cuenta que al parecer todo sigue igual: el vendedor de frituras, los saltimbanquis, raperos, boleadores, las familias que llevaron

a los niños «a mojarse un rato», las coreografías de baile de cada semana están presentes.

Pareciera que todo está igual, pero notamos un cambio, muchos de ellos llevan el rostro cubierto, algunos no escatimaron en guantes y en el gel que cuelga de los bolsos o mochilas. La tarde del sábado reúne a la gente que decidió salir de casa, pese a la advertencia. Todo va a cambiar, comienza a gestarse una nueva manera de convivir. Yo espero que todos sigamos aquí para adaptarnos a este cambio que vino a poner un nuevo modo de convivencia que viene alertando del *fuego de la zafra* como clamaría en algún momento el antes mencionado Watanabe. Un nuevo mundo nos está llamando a cuidarnos desde el encierro: *Ese visitante desagradable tendrá que irse*, oramos porque así sea.

Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
plantel Cuauhtepac

¿Siempre ha sido así?

Jacqueline Cruz Aguila

Quédate en casa. Son las palabras que se encuentran a nuestro alrededor. Observo aquellas letras que me miran acusadoramente. No es que yo quisiera salir realmente, pero, es necesario, de otra forma ¿Por qué me arriesgaría a exponer a mi madre y a mi hija? Mi madre quien a sus más de setenta años; con diabetes, hipertensión y reumatoides; es alguien que fácilmente se puede enfermar. A mi única hija quien esta confinada con una enfermedad que afecta su sistema inmune. Si tuviese la oportunidad de quedarme en mi casa, minimizando los riesgos de que pudiesen enfermar, lo haría sin dudar.

Llego al centro de salud, mi madre ha tenido que asistir a la cita mensual. No hay consultas con los especialistas,

las prioridades cambian. Nos han dado recetas para los siguientes tres meses, recetas que yo podre cambiar.

En la pantalla de mi teléfono las palabras *Quédate en casa* resaltan. Miro fuera del auto y pienso en todas las personas que están obligadas a salir. Escucho por segunda vez en el día, el discurso de un taxista. Él dice que todo entorno a esta enfermedad no es real, exige en palabras que nunca serán escuchadas *la verdad*. Muchas personas insisten en que no es cierto, que es una distracción, declarando una y otra vez que no lo creerán. Como se les puede pedir que crean en las palabras del gobierno cuando durante décadas han sido testigos de mentiras, engaños y fraudes; por lo menos yo no se los puedo ni quiero pedir. Debería, pero no lo hago.

El supermercado se encuentra casi vacío, más que en una mañana de año nuevo. Algunos con cubrebocas, donde este no cumple con su función; cubriendo solo los labios, a otros solo parte de la nariz, o reposando en su mentón; la mayoría se encuentra colgando solo de una oreja. Pensaría que las personas no hacen justicias a los *chismes*, pero me sorprende cuando el pasillo de abarrotes está vacío, falta

arroz, frijol, azúcar, atún, pasta y... ¿Quién llevaría tantas sopas instantáneas? Llego a los cajeros, en más de una fila hay carritos cargados hasta no poder más con papel de baño y productos de limpieza. Parece irreal. Preguntarán ¿Por qué la insistencia en ir al supermercado? Lo sé, tendríamos que apoyar al mercado local; será solo hasta acabar con los vales de despensa. Veo a las personas alarmadas, comprando con urgencia productos que no necesitan; utilizando guantes de látex; cubriendo su rostro con lo que puedan. ¿Siempre ha sido así?, ¿siempre las personas han entrado en pánico, siguiendo medidas que nadie les ha dicho que tomaran?, ¿Siempre han comprado cosas que no necesitan, endeudando y dejando vacías sus carteras?

A pesar de la incertidumbre, hoy hay trabajo. Trabajo significa conseguir material, salir de casa. El viaje es más rápido que el de costumbre, quince minutos y me encuentro esperando el vagón del metro, otros quince minutos más y estoy haciendo el trasbordo. Salgo a las calles y hay algo en el inquietante vacío poco habitual. Años antes me la pase anhelando el día en que hubiese menos personas caminan-

do por las calles históricas, ahora no parece tan agradable, la poca afluencia de gente evoca sentimientos de desesperanza y tristeza; conoces las razones por la cual los comercios se encuentran desiertos. En el trayecto hacia las bodegas puedo ver como algunos de los trabajadores se recuestan sobre los bultos de mercancía, algunos otros están en la calle conversando con su vecino que tampoco tiene a quien atender. Hay unos cuantos que tienen algunos clientes, pero no los usuales. Aprovecho para incursionar en las tiendas donde sé que los materiales son más económicos, donde nunca me atrevo a entrar por el tumulto y la prisa. Incluso cuando los comercios no tienen nada que ver con vender gel anti bacterial, lo hacen. ¿siempre ha sido tan caro el alcohol en gel? De regreso me encuentro con una extraña situación, se pueden escuchar el canto de pájaros a la mitad de la calle de *Mesones*, ¿siempre han estado esas aves ahí? o es que ahora llegaron, cuando las calles están vacías y el bullicio ha desaparecido.

Las personan pululan con sus cubrebocas y sus guantes, pero hay otros tantos que no utilizan nada, incluyéndome.

Solo es para quienes estén enfermos, esas son las indicaciones ¿no? La línea de Metrobús no funciona, y no tiene nada que ver con la contingencia, hay algunos manifestantes exigiendo justicia, su lucha en defensa de los derechos humanos indígenas, supongo que la injusticia y violación a los mismos no entiende de cuarentena. Sin otra opción me dirijo hacia la parada del camión. Del otro lado de la acera se encuentra una persona de rasgos asiáticos, podría decir equivocadamente que lo es, pasa algo en torno a este hecho, miro a mi alrededor, algunas personas le miran de maneras en que no puedo descifrar, los que caminan junto a él evitan rozarlo; no sé si él se encuentra absorto de todo o simplemente lo ignora, ¿siempre hemos mirado mal a cualquiera?, ¿siempre achicamos los ojos ante alguien *diferente*? El semáforo cambia a verde y cruzo para esperar el transporte.

Ver las noticias puede ser desagradable, nadie debería ver al despertar —*Enfermeras bañadas con cloro*—, ¿Siempre las noticias han sido tan *humanas*? ¿siempre hemos sido crueles e imparciales acusando a quien podamos? No más noticias por hoy. Necesito un pequeño descanso de esta situación.

Alabanza al Dios Onán

Guido Astolfi

Oremos, por favor. Digamos nuestra plegaria favorita: «*Send nudes*». Elevemos este pedido consentido entre aquellos seres que están dispuestos a explorar sus partes pudendas al calor del más excitante de los sentidos humanos: la imaginación. El tacto, impedido por el riesgo de contagio del Coronavirus, le ha cedido el paso a la vista. Alabada sea la tecnología que permite el contacto sin tener que estar en el mismo lugar, que presta su ojo omnipresente para la recreación de la pupila sexual personal.

El mundo se ha impedido de la libertad sexual conseguida en los años sesenta del siglo pasado. Para ello, el siglo XXI se ha hecho de mil y un maneras para que el dios orgasmo visite en el momento que se le llame. La actualidad, más que nunca, necesita liberar la tensión acumulada por el complicado panorama que ya nos visita.

Las pantallas de los celulares han acumulado calor. La cuarentena sin salir de casa se siente como esa otra cuarentena en la que se debe guardar celibato después de un parto: insufrible. Maldito sea el calor de primavera que hierve los cuerpos. La lluvia no se ve ni de lejos. ¿Por qué esto no sucedió en invierno en los que nadie desea salir de casa y solo se quiere la llama tibia del hogar?

La alta temperatura, global y corporal, invita a un episodio mágico: la resurrección de lo muertos. «*Hola querido ex, me he acordado mucho de ti* (y de nuestras faenas sexuales), ¿Como te ha ido? (¿Estás disponible?) ¿Sigues saliendo a correr por las mañanas? (¿No se ha modificado tu vigor amoroso?) ¿Cómo está tu familia? (No creas que solo te busco por sexo) *A ver cuando nos vemos para platicar y tomar un café* (A ver si hay posibilidad de un reencuentro sexual que parezca mera casualidad y no causalidad de mis ansias por coger)». Gracias Facebook por esos recuerdos que aparecen año con año.

Para las personas noveles o quienes no cuentan con ex de confianza, donde pueda existir esa coquetería que invita

al fornicio sin la garantía de que lo habrá, existen muchísimos remedios. Bendito seas: Mark Zuckerberg por el botón «Agregar amigo», Dorsey por el «Follow», Joel Simkhai por mostrar a las personas cerca de mí, Jonathan Badeen por el «Match», Whitney Wolfe por el contacto en 24 horas, Jan Koum y Brian Acton por la inmediatez de sus mensajes, Fabian Thylmann por esos gloriosos videos.

Santos sean los amantes y los amigos sexuales. Especialmente, aquellas personas que se muestran dispuestas a compartir los recovecos de su cuerpo con aquellas lejanías que no pueden salir de casa. Que les llegue el olor a flores y sudores corporales pronto. Una aureola de fornicio placentero les conceda la diosa Afrodita.

La crítica vida del momento se presta para el evento amoroso ocasional. Fortuito. De esos que destellan en las redes por unos fugaces momentos y se pierden entre conversaciones más frecuentes. Esos que suceden entre la soledad y la oscuridad de la madrugada, que al día siguiente se sienten como cruda orgásmica pero que fueron buenos mientras

se vivieron. Tal vez me acuerde de tí un día. Tal vez después se repita. Tal vez en un futuro se lleve acabo en piel y condones.

El sexo en los tiempos del COVID-19: ¡Ay, come de mí, come de mi carne! ¡Ay entre caníbales! Tómate el tiempo de desmenuzarme. Habla mucho, aunque me hagas poco. Me gusta la manera en la que lo haces, en mi cabeza. Se ve tanto, se siente en la piel tan poco. Manda otro video más para seguir estimulando la mente. Quiero oír un audio de tus gemidos, que recibirás otro de vuelta. Enséñame la mueca de tu orgasmo, haré lo mismo para ti. *Una eternidad esperé este instante*. Gracias por el momento, prometo no guardarlos en mi nube: puedes volver al confinamiento. El dios clímax está satisfecho de la ejecución.

Ante la aburrición, bienvenida sea la masturbación. Al final, ¿No se supone que ayuda a aumentar las defensas? Me la pelas COVID, así como yo solito lo hago las veces que sean necesarias. Las que se me antoje, las que el aislamiento social permita.

*«Y me lamento por no estar allá
Y hoy te miento para estar solos
Tú y yo
Y la distancia le ganó al amor
Solo te veo en el monitor.»*

Alabado seas, dios Onán. Te invito de manera irrestricta y permanente a éste mi cuerpo: tu casa, tu templo.

De informales e incertidumbres

Patricia Díaz Herrera

Ciudad de México, a 28 de marzo de 2020. Ha pasado una semana a partir de que nos resguardamos. Desde el aislamiento parcial por la pandemia y con la recurrente sensación de impotencia, inevitablemente nos vamos enterando, por los medios de comunicación tradicionales y redes sociales, de las dificultades que encuentran quienes día a día se ganan la vida en la Ciudad de México. Observo esfuerzos, dignos de Sísifo, de personas que subsisten en la economía informal o micro-empresas, en medio de la normalidad perdida. Y me pregunto si lograrán resistir; si se ahogarán en deudas y perderán su patrimonio; si bastarán las estrategias que improvisen ante la contingencia; si los apoyos gubernamentales serán suficientes... Una muestra de las incertidumbres que

nos carcomen es cuál será la suerte de los puestos informales—léase «changarros».

Algo esencial en esta Ciudad y en el país son los changarros de comida. Siempre hay uno cerca de los hambrientos y antojadizos; puede que odiamos su proliferación caótica y viral, pero ¿podríamos prescindir de ellos en una economía conformada por casi 60% de negocios informales? Según el INEGI, 57% de la población ocupada se encontraba en condiciones de informalidad en 2017.¹ Recuerdo a la familia que prepara jugos, cocteles de fruta y desayunos sencillos en un puesto que se coloca de lunes a viernes por las mañanas en una esquina, en la alcaldía Xochimilco. Y justo ahora que debemos evitar salir de casa, siento nostalgia por los jugos, aunque hace tiempo que no compraba alguno. Nadie sabe los changarros que tiene, hasta que los ve perdidos.

En el puesto atienden una mujer y un hombre, ambos de más de 50 años. Él padece obesidad; naranjas, toronjas y

¹ Fuente: “Actualización de la Medición de la Economía Informal, 2003-2017 preliminar. Año base 2013”. Publicado el 17 de diciembre de 2018. URL: <https://www.inegi.org.mx/app/saladeprensa/noticia.html?id=4675>

mandarinas desaparecen bajo sus manos. En ocasiones, una mujer de unos 30 años, quizá su hija, los ayudaba. Siempre son amables y fácilmente entablan conversación con la gente, que les comenta desde las últimas noticias hasta sus opiniones sobre películas recientes. Comparten espacio y tiempo con otros cuatro puestos no permanentes de tacos y garnachas. Nunca he notado algún documento o registro de Salubridad colgando de sus toldos. Cerca del lugar no hay mercados con locales permanentes. Otros puestos ocupan esa esquina por las tardes y los fines de semana —hamburguesas al carbón, mariscos, más tacos, otro puesto de jugos— así que la familia de los jugos matutinos cambia de calle. La clientela es numerosa y variopinta: deportistas, personas de la tercera edad, policías del barrio, trabajadores de Telmex, madres que llevan a sus hijas e hijos a una institución para niños con cáncer, oficinistas de Hacienda, entre otros.

29 de marzo. ¿Continuarán los puestos de la esquina? Me pregunto si seguirán en su negocio después de que, por la emergencia, se ha ordenado detener las actividades «no

esenciales» en la ciudad. Seguramente el puesto de jugos ha visto mermada su clientela habitual. Lo infiero por lo siguiente: en 2019 me dieron su número telefónico para pedidos. Nunca les llamé y nunca recibí mensajes de ellos. Pero hoy, por primera vez, me enviaron una imagen vía *Whats App* ofreciendo servicio a domicilio y su nuevo jugo especial para «subir tu sistema inmunológico». Así que su resiliencia de familia trabajadora halló este camino provisional. ¿Y quién repartirá los pedidos? Quizá tuvieron que contratar a alguien más. En el mensaje, indican un mínimo de compra de \$100 pesos. Normalmente, vendían un jugo chico a \$25 y uno grande a \$50. Resulta improbable que los clientes que sólo llevaban un jugo chico quieran ahora consumir el mínimo del pedido a domicilio, a menos que estén en posibilidad de solidarizarse.

1º de abril. Ya se han cerrado comercios, restaurantes, bares. Los mercados y supermercados, cuyos locales se encuentran dentro de la economía formal, no cierran porque la venta de alimentos es indispensable. Pero, los changarros informales de comida, ¿son esenciales o no según las au-

toridades? No me queda claro. ¿Qué será del puesto de jugos? Les escribo un mensaje: «Buen día, espero que estén bien. Una pregunta: ¿Siguen en la misma esquina? ¿O sólo están dando servicio a domicilio?». Después de un par de horas, me responden: «Sí, estamos trabajando donde siempre. Nos están dejando.» «Menos mal», pensé. ¿Menos mal? Por sus edades, condición física y actividades son vulnerables al contagio. O si tienen el virus y son asintomáticos, se pueden convertir en foco de infección para los clientes. Como muchos, no pueden darse el lujo de quedarse en casa. Son equilibristas, se balancean sobre la cuerda floja entre el abismo de la enfermedad y el acantilado de la precariedad económica. ¿Cuántos días podrán seguir así? Hasta que el contagio los alcance o hasta que, rebasadas por el virus, las autoridades impidan que se ponga todo tipo de puesto callejero.

2º de abril. En el radio escucho que en Irapuato no se permitirá ningún puesto informal en la calle. Se aplicará la fuerza pública para retirarlos. Tal escenario parece imposible en la CdMx, o al menos no puedo imaginármelo, pero

finalmente, ¿quién sabe? Salgo de casa a comprar comida y aprovecho para ver cómo lucen las calles de Xochimilco y Villa Coapa en la emergencia sanitaria: Los esenciales barrederos y personas del camión de la basura, todos ellos sin guantes ni tapabocas. Los puestos de tamales donde no media la sana distancia entre los comensales; los usuales voceadores y «viene-viene»; los vendedores ambulantes con la novedad del tapabocas lavable. Aún más vulnerables que los informales están quienes piden limosna. Un humilde anciano proveniente de Zitácuaro y que suele pedir dinero sentado afuera de un Sanborns, ahora se mudó frente a la sucursal de un banco, quizá porque la tienda ha cerrado. ¿Sabrá que debe exponerse menos? Y aunque lo sepa, probablemente tampoco tiene muchas opciones. ¿A alguna autoridad o institución le importa su salud en riesgo? Enfrente del anciano, cruzando la avenida, unos patrulleros desayunan tamales. Por cierto, algunos policías usan tapabocas, otros no. Un signo más de la aplicación desigual de las medidas sanitarias. En este vistazo constato que todavía

hay mucha gente afuera y que, en ciertas zonas, se aglomera como si la emergencia no lo fuese tanto.

No resisto pasar por la esquina de los puestos. Todos permanecen ahí estoicamente, aunque casi no haya clientes. La pareja de los jugos usa tapabocas, sin importar que no haya nadie frente a ellos. ¿Perteneceerán a un grupo que pueda apoyarlos? ¿Podrían participar de algún rescate oficial? ¿Y de dónde se tomarán los recursos? Leo en un periódico que los negocios informales no están contemplados en el paquete de micro-créditos propuesto por el gobierno de la Ciudad. Todavía no se anuncia qué alternativas se planean para los comerciantes informales. En los anuncios previos no se los nombró siquiera, como si no existiesen. ¿Esenciales, pero inexistentes?

3 de abril. El gobierno federal anuncia que se emplearán recursos de fideicomisos para atender la emergencia. Quedo en espera de alguna buena noticia para los comerciantes informales, con la conciencia de que, al igual que en otros episodios desastrosos, mucho depende de la creatividad y

empatía de la gente común, remando juntos para que nuestra nave no se vaya a la deriva.

La emergencia del Covid-19: un nuevo rompecabezas

Diego Bautista Páez

Nuestro orbe está cambiando aceleradamente, pero en cuarentena. Su transformación se siente, sufre y monitorea desde nuestras casas-guardidas. Del otro lado de la ventana que está a la altura de mi escritorio sobresale una maraña de cables de electricidad con un fondo de casas de baja altura. Al compás de los sonidos habituales de un barrio popular de la Ciudad de México, siempre me pareció un montaje elocuente con cierta dinámica de nuestro presente. Una abigarrada interconexión humana y técnica. Hoy mis supuestos están en vilo frente a la «sana distancia» y la conversión acelerada a la virtualidad de muchos de nuestros intercambios. El mundo se transforma. Veo más hacia la pantalla que a la

ventana, y ahora sobresalen como pocas veces el trinar de los pájaros en la colonia Doctores.

La llegada del Covid al nuevo continente me tomó a contrapié de frontera. Mi primer cruce a Estados Unidos, para visitar a Lau hacia el fin de su estancia de investigación, sería un acercamiento *soft* a la cultura sureña del imperio vecino: asistir a uno de sus festivales emblemáticos; conocer el acervo de la Universidad de Texas; y el reencuentro con mi compañera. Sólo esto último ocurrió, el viaje valió la pena. Alyson, Sam, «Chon» y Cyrus nos brindaren un resguardo cálido, demostrando que la solidaridad binacional es posible aún en tiempos de pandemia. Entre platicas e idas al supermercado —en ambas se notaban los primeros rasgos de ansiedad colectiva— transcurrió mi visita-en-cuarentena. Para matar el tiempo, Sam nos propuso hacer un rompecabezas: *Autorretrato con Monos* (1938) de Frida Kahlo. Aunque fervorosos —en ese momento no sabíamos si por gusto sincero, ocio o nacionalismo disimulado— la cara de Frida quedó a medio hacer. Regresamos justo a tiempo, ese fin de semana restringieron los cruces de la frontera mientras

el número de contagios en Estados Unidos aumentaba hasta ser el nuevo foco mundial. Al escuchar CNN en el aeropuerto no dejaba de pensar que me iba de un imperio, el primero estrictamente moderno, que se empezaba a tambalear y podía caer encima de nosotros.

Llegamos de una cuarentena para entrar a otra. Yo aterrice el jueves 19 de marzo, Lau el 20. Tras tres aeropuertos por separado, realizamos juntos un aislamiento estricto. Gracias a las redes familiares y nuestros amigos de la cooperativa de consumo La Imposible, nos hicimos con las provisiones necesarias. Nos restaba saber cómo íbamos a gestionar el tiempo que no teníamos que ocupar en videollamadas y llamadas, dosis (o sobredosis) diarias de noticias y en el imposible trabajo de tesis que ambos tenemos. De común acuerdo, optamos por otro rompecabezas: un Miró de 1000 piezas.

La tierra laburada (1923-1924) es un lienzo lleno de color y formas tan oníricas como bellas. La pintura de aires Dadá tiene pocas resonancias con el presente. No voy a mentir: sus piezas exuberantes y figuras surreales nos entretuvieron.

Tardamos tres o cuatro días en completarlo. Sin embargo, los animales fantásticos, la masía iluminada y la naturaleza floreciente no congeniaban con las noticias distópicas que escuchábamos mientras lo armábamos. Tal vez la atmosfera de gozo (lejana a nuestra urbe paralizada) y su poca invitación a lo público (pese a ser anterior al debate con Bretón y el «asesinato de la pintura»), que aquí y ahora exige una reinención acelerada, estaban detrás de mi rechazo inconsciente a la obra del artista catalán.

La cuarentena se extendió, ya se veía venir. Lau y yo, motivados por descubrir una nueva afición en estos tiempos, no tardamos en adquirir otro rompecabezas. Esta ocasión me tocó escoger a mí. Ya venía pensando en un mapa —otra vez el inconsciente, pienso— que, frente al alza de la demanda, fue una suerte encontrar. Así llegamos a nuestro tercer desafío por piezas durante esta emergencia: *Orbis Terrarum* (1594) trazado por Petro Plancio. Tardé en reconocer su particularidad y confección, vehículos de una resonancia inesperada en estos tiempos de pandemia.

Como no podía ser de otra forma comenzamos por las esquinas. Todo el mundo sabe que un rompecabezas se empieza por las esquinas, aunque es menos frecuente detenerse a leer un mapa por sus márgenes. Según la descripción de la Barry Lawrence Ruderman Map Collection de la Universidad de Stanford, el orbe de Plancio fue el primer mapa impreso que contó con figuras alegóricas para decorar los hemisferios del mundo¹. Su visión de la Tierra se refleja en dichas ilustraciones. Así, al trazo cartográfico se unió una representación simbólica de los territorios; combinación del supuesto de conmensurabilidad y control del mundo que está en los orígenes de nuestra modernidad ahora en vilo.

Comenzamos armando la representación del mundo de Petro Plancio por sus alegorías. Los cinco continentes —tres que nombraron sus antiguos nos han llegado con los mismos nombres— con mujeres, flora, fauna y costumbres propias de cada geografía. Muchas de estas representaciones

¹ Poco tiempo atrás, en 1570, se publicó el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius, considerado el primer atlas moderno, con 70 mapas particulares de todo el mundo en su versión original.

trascendieron hasta la emergencia del coronavirus, ahora se ponen en duda. La suntuaria y civilizada Europa, aún con su esculapio médico, sufre muerte y una desolación sólo vista por las guerras que se infringió a sí misma; Asia, la otrora exótica y suntuaria pero bárbara, hoy se destaca por la disciplina impuesta para debilitar al virus. Aunque a sus rincones, donde surgió el Covid 19, todavía los satrapas de ayer y hoy los tachan de culpables.

En las esquinas bajas quedan los continentes salvajes e ignotos en donde vivimos nosotros. Siempre retratados tan desnudos y necesitados que suelen olvidarse.

Lau se mudó previendo que las nuevas medidas para «aplanar» la curva de contagio podrían dificultar, aún más, su vuelta a algo parecido a la cotidianidad. Yo me quedé con el *Orbis Terrarum* incompleto. De a poco terminé de construir los polos que hoy se deshuelan. Cada vez aumentando el grado de detalle, el trazado de las fronteras y la recreación de continentes, la reconstrucción se volvió endemoniada. Ante la fatiga y el encierro me pregunto si vale la pena reconstruir este viejo mapa, sus fronteras imperfectas han

cambiado tanto, están cambiando tanto, que para cuando lo termine ya no me dirá más.

Como muchos en estos días, supongo, el martes pasado no pude dormir. Daba vueltas en la cama pensando en el virus, en este texto y otros que quiero o debo escribir, la geopolítica mundial, la crisis económica, la militarización de la vida, etc., etc. Me desperté y vi el rompecabezas, volteo hacia la ventana y, debajo de la maraña de cables, un barrendero con su traje fosforescente en medio de la calle a las 3 de la mañana. Lo observo con detenimiento y escucho el sonido del mijo contra el asfalto, que lejos quedó la promesa de realización personal del individuo; que acotada fue. Después de una noche envela, despierto y manos a la obra con el *Orbis Terrarum*. El nuevo rompecabezas ya está en construcción.

Estos tiempos de pandemia, que apenas llega a nuestros hogares, aún no nos permite saber si la representación de Petro Panco tendrá alguna resonancia con lo que ocurrirá en nuestras latitudes. Hay elementos para pensar que así puede ser, otros que lo hacen ver anacrónico. Cada día al

rendirme momentáneamente en la reconstrucción de su *Orbis Terrarum* y asomarme por mi ventana antes de dormir, hago votos porque me equivoque.

28 marzo de 2020

Iván Ramírez López

Entrada la tarde, con el sol ocultándose en el horizonte, los perros de la colonia se inquietan tras varios días de relativa calma. Una cumbia a todo volumen irrumpe la quietud. Es demasiado estridente para tratarse del inoportuno vecino ruidoso. La música, hace retumbar los cristales de las ventanas y se cuela por todas las habitaciones de la casa. *Y vamos arrancando con esta canción, para que se vayan ambientando.* A unas manzanas de casa celebran una boda. El vocalista del conjunto musical envía felicitaciones a los novios de parte de la familia Mendoza Luis, después de parte del Señor Checo, y no puede faltar el saludo de los padrinos de pastel, etc. nadie se guarda sus parabienes.

No es difícil de imaginar, la calle cerrada por vehículos en ambas esquinas, los tablonos recubiertos por manteles blancos, los centros de mesa, el pastel merengue; los novios pasando entre las mesas, estrechando manos, recibiendo abrazos de sus invitados; en la cocina las cacerolas de comida, los platos desechables que salen hacia las mesas; la tarima donde los músicos complacen las peticiones de los invitados que terminan imponiéndonos sus gustos a todos los vecinos alrededor, alguien destapa una cerveza, luego otra, luego otra más, y bromea sobre el *Corona-virus* al beber su cerveza clara.

Sería una postal cotidiana en la colonia, si no fuera porque atravesamos dentro del territorio Nacional una pandemia en su fase 2, es decir con casos de contagio comunitario, donde ya no es posible rastrear la cadena de contagio. Cualquiera puede ser transmisor del virus, sin saberlo o sospecharlo. Como en la paradoja de Schrödinger, en la que el gato está vivo y muerto a la vez hasta no abrir la caja y comprobarlo, habría que suponer que aun con o sin la existen-

cia de síntomas hay una supersposición de ambos estados «Sano» «infectado» en cada uno de nosotros.

Me cuesta creer que las personas allí reunidas no estén al tanto de las campañas informativas y medidas emprendidas, que no se enteraran de la suspensión de clases (presenciales) en todas las escuelas de cualquier nivel en todo el país hasta el 20 de abril; que no hayan visto en los noticieros imágenes de las ciudades más visitadas de Europa completamente vacías por el confinamiento obligatorio, imágenes de los hospitales en China, Italia, Francia y España rebasados por los casos de COVID-19, como una contundente advertencia de lo que pudiera ocurrir; o en su defecto, no hubieran visto alguna de las conferencias vespertinas que se transmiten ya desde hace unas semanas por la televisión abierta.

Sospecho que el egoísmo disfrazado de idiosincrasia Mexicana pueda ser más dañino que el propio virus. Que pensamientos se dijeron así mismos para salir de casa, para continuar los preparativos de la boda. ¿Una fé en que algo los exentara del contagio?, ¿La seguridad de que el dichoso

virus Chino es ficticio?, ¿La ultima pachanga antes del confinamiento?, *total, de algo hay que morirse...*

A excepción, posiblemente de los músicos cuya precariedad laboral no les permite rechazar ofertas, previendo los días difíciles que se avecinan durante y después de la crisis sanitaria y económica. El resto de los individuos ahí conglomerados, tuvo la opción de quedarse en casa y respetar las medidas de distanciamiento social. Sin restar, o quizá sin alcanzar comprender la complejidad de esta situación, es difícil saber el coste comunitario de una boda en plena epidemia. *Hace frio y estoy lejos de casa, hace tiempo que estoy sentado sobre esta piedra...*

No hay lugar de la casa donde el sonido no penetre. Nos reunimos en la sala, desde hace una semana interrumpimos cualquier actividad domestica durante esa misma hora. Subo el volumen del televisor para escuchar la conferencia.

Al día de hoy se reportan 848 casos confirmados de COVID-19 en México, 2623 casos sospechosos y 16 decesos informa El subsecretario de prevención y promoción de

la salud Hugo López Gatell, quien ha asumido el liderazgo para hacer frente al panorama. Con un gesto de preocupación inminente mira hacia la cámara, hace un llamado reiterativo y enérgico a la población para adoptar las medidas de mitigación para reducir y evitar contagios. Con toda claridad Didáctica y en un llamado contundente repite ¡Quédate en Casa, Quédate en Casa, Quédate en Casa! ¡Es la última oportunidad que tenemos para disminuir el contagio masivo del virus!

Me mueve la curiosidad. Subo al techo. El cielo está despejado, la temperatura da tregua del calor que hizo durante el día. Miro en dirección de donde proviene la cacofonía. A escasas cuadras, las luces multicolores del sonidero sobresalen por encima de las viviendas. No sé cuantos minutos transcurren, cuando me percató que en el techo contiguo esta la vecina, una señora que apenas veo entre semana por su trabajo. Ella advierte mi presencia también. Antes de saludarla me suelta su molestia *Ya ni la chingan, uno aquí encerrado y ellos haciendo su desmadre.*

— Si caray.

Los novios, los invitados, los músicos, la vecina y yo, compartimos la misma fragilidad dentro de un barco que lucha por no entrar en la tormenta. Estamos juntos en esto como colectividad, en una simbiosis social.

Ya llame al municipio desde la tarde, pero no mira, sigue el escándalo. Comprendo su enojo, yo también siento enfado. Pero me viene a la mente una secuencia de imágenes en la que una hilera de fósforos se incendia vertiginosamente en sucesión, hasta que se uno de ellos es separado de la fila, evitando que se quemem los demás.

La posibilidad de cortar la cadena de un contagio descontrolado, y con ella menguar una tragedia de por si inevitable, está en que todos, en la medida de nuestras posibilidades económicas y sociales nos lo permitan, nos quedemos en casa resguardados. Al final, una vez más, debemos combatir el egoísmo que llevamos dentro.

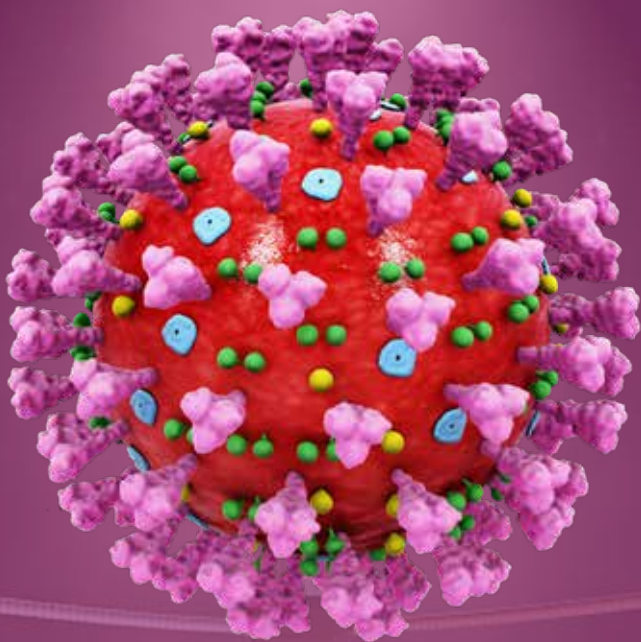
Me despido de la vecina con un ademán.

¡Y vámonos con la siguiente canción que pidieron, para que se animen a bailar todos!

Santa Cruz Amilpas, Oaxaca.

Índice

- Crónicas ganadoras
- 5 EN TIEMPOS DE LA REINA COVID19
Angélica de Icaza
- 11 LOS TRES PUNTOS DEL ENCIERRO
Andrés Heredia Torres
- 19 A RAS DEL SUBSUELO. CRÓNICA DE UNA PANDEMIA
Angel Iranhi Barreto Anaya
- 29 COVID, CLOROQUINA Y YO
Rocío Eugenia López Liera
- Crónicas recomendadas para su
publicación por el jurado
- 39 RETANDO AL SOL
Michael Yahve Pineda Moreno
- 45 ¿SIEMPRE HA SIDO ASÍ?
Jacqueline Cruz Aguila
- 50 ALABANZA AL DIOS ONÁN
Guido Astolfi
- 55 DE INFORMALES E INCERTIDUMBRES
Patricia Díaz Herrera
- 63 LA EMERGENCIA DEL COVID-19:
UN NUEVO ROMPECABEZAS
Diego Bautista Páez
- 71 28 MARZO DE 2020
Iván Ramírez López



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES